

AZORIN HABLA DE LA PERSONALIDAD LITERARIA
DE ALFONSO REYES

EN LA ARGENTINA, ALFONSO REYES ENCON-
TRARA SEGURAMENTE EL MISMO AMBIENTE DE
CALIDA CORDIALIDAD QUE EN ESPAÑA. ES EL
DESEO SINCERO DE UN AMIGO.

ALFONSO Reyes ha sido durante años encargado de negocios de México en España. Reyes ha sido ahora promovido a ministro de su país en la Argentina. Deja el nuevo ministro de México en la gran República Argentina innumerables amigos en España. Para despedirse del escritor y del diplomático sus amigos han celebrado una comida. El homenaje a Reyes ha sido cordialísimo, entusiasta. Se ha celebrado la comida en el histórico comedor de Lhardy. Para quienes no conocen Madrid, he de advertir que Lhardy es el comedor de más prestigio en la capital de España. Está situado en el centro de la población; no ha variado su aspecto desde hace muchos años; se encuentra ahora como en 1880 ó 1870; la tienda —de pasteles y fiambres— es chiquita; un espejo con ancho marco dorado se ve en el fondo; en los muros, escaparates con botellas de ricos vinos y toda suerte de golosinas; los mostradores de mármol blanco y un diminuto escritorio, en un ángulo, con una lámpara de pantalla verde. Esto es todo. Arriba, en el piso principal, dos comedores: uno, capaz de cincuenta o sesenta comensales, y otro, más reducido, más íntimo, en que sólo pueden comer doce o catorce personas. Nos hallamos en Lhardy muy lejos de los grandes, fastuosos e internacionales hoteles. Pero hay aquí lo que no hay en los hoteles-palacios, y lo que éstos no podrían comprar con todo el dinero del mundo: tradición. En Lhardy comieron Alejandro Dumas, el padre, y Teófilo Gautier, cuando, en 1846, vinieron, en compañía de otros franceses distinguidos, a presenciar las fiestas de las bodas reales. Y ya entonces este comedor hacía tiempo que estaba fundado. Pero, aparte de la tradición—, como un producto natural de ella— en Lhardy existe delicadeza y buen gusto. Se come bien en Madrid

en muchos sitios; la capital de España posee hoy hoteles tan espléndidos como cualquiera capital europea o americana; pero la comida de Lhardy —la comida encargada, recomendada— es superior, por su finura, por su exquisitez, a cuantos yantares se puedan aderezar en los demás hoteles y comedores madrileños.

Españoles y americanos

En el histórico Lhardy se le ha dado la comida a Alfonso Reyes. No podía ser en otro lugar. Reyes es un erudito enamorado de las cosas clásicas de España: las cosas clásicas de España que pertenecen tanto a los españoles como a los americanos. Descendientes son los americanos de los españoles clásicos, y como hacía observar don Juan Valera —en las páginas más populares que se han escrito sobre la materia— cuando en América se hable ásperamente de la España antigua, téngase presente que lo que se diga ha de recaer lo mismo sobre los españoles de España que sobre los americanos, toda vez que éstos, repetimos, no son los pobladores indígenas de América, sino los sucesores y descendientes de los habitantes de España. Alfonso Reyes, diplomático, literato, es un apasionado de la tierra española. Como diplomático, Reyes une a la finura la discreción. Cortés, atento, conciliador, Reyes logra captarse prestamente las simpatías de las personas con quienes trata. Y las mismas cualidades de finura y de escrupulosidad lleva a sus trabajos de crítica literaria y de erudición. En el banquete, en torno al festejado, se reunieron un centenar de comensales; el comedor de Lhardy era chiquito, angosto, para un número de personas superior a su capacidad. Pero nos reunía allí a todos un sentimiento de sincera simpatía y pasábamos de buen grado por las apreturas del momento. Todo cuanto la literatura española tiene de selecto —poetas, novelistas, críticos— estaba congregado en el comedor de Lhardy. Y se unían, a los escritores españoles, numerosos diplomáticos americanos. Yo quisiera insistir un poco en la eficacia de estas hermandades de españoles y americanos.

Tales reuniones momentáneas, pero libres, gustosas laboran más por la unión espiritual de América y España que los más solemnes congresos y las más pomposas asambleas. Se charla en estos actos efusiva y cordialmente; no existe en ellos formulismo de protocolo; nos olvidamos de si somos españoles o americanos; los españoles —hablo por mí— se imaginan que han nacido en América, y los americanos se figuran que han visto la luz en algún viejo caserón castellano. Y la simpatía, el fervor, el entusiasmo, va incesante de corazón a corazón. En el banquete a Alfonso Reyes, sentado yo entre diplomáticos del Nuevo Mundo, charlando animadamente con tan gratas personalidades, experimentaba yo la sensación de conocer América sin haber estado en ella; de lo subconsciente subía, hacia la periferia de la personalidad espiritual, la impresión de haber visto los paisajes, los ríos, las montañas, los mares de que mis distinguidos interlocutores me hablaban. Y como el fenómeno no es nuevo en mí —perdonad estas confidencias— he venido, pensando y reflexionando sobre el caso, a dar con la solución del enigma. Y es ésta: cuando yo era niño, a los cinco, seis, ocho años, solía repasar continuamente, primero, las estampas, y luego, cuando supe leer, el texto de unos grandes volúmenes titulado, si no recuerdo mal, *El mundo en la mano*. Se trataba de viajes por todos los parajes del planeta; las láminas eran grandes y bellas; y lo que más me atraía en estas ilustraciones eran las estampas que representaban los países americanos. Aquello era para mí una cosa estupenda, maravillosa. ¡Qué bosques, y qué anchísimos ríos, y qué montañas tan subidas y eminentes! Todavía, después de tantos años, tengo ante los ojos del espíritu alguna de aquellas estampas y pudiera describirla minuciosamente . . . Y este es el origen de mi intuitivo y sentimental americanismo. Luego, otras lecturas, juntamente con el conocimiento y trato de ilustres americanos, han venido a fortalecer y corroborar mi amor a América.

En el banquete a Alfonso Reyes hubo dos discursos: la comida la ofreció Eduardo Gómez de Baquero; el festejado contestó al

discurso de Baquero con otro en hacimiento de gracias. Gómez de Baquero pronunció un bello discurso; casi todo él estuvo dedicado a hablar de la personalidad diplomática de Reyes, a estudiar la modalidad especial de la diplomacia americana. En tanto que en Europa el personal de que se nutre la diplomacia es puramente político, el personal americano es seleccionado entre hombres amigos de las letras y las artes, si no entre escritores y jóvenes artistas. Algo de esto se hizo en España en otros tiempos, y al nombre de Saavedra Fajardo que Gómez de Baquero citaba, se podrían añadir otros muchos, entre ellos el de Hurtado de Mendoza. Decía Gómez de Baquero:

“Los pueblos hispanos de América gustan de emplear en la diplomacia a la flor de su intelectualidad. Así sus legados lo son a la vez de sus gobiernos y de sus culturas. Europa, después de la gran época romántica de la diplomacia, en que brillan como astros rivales Talleyrand y Metternich, ha cultivado el tipo del diplomático hombre de mundo; América cultiva el tipo del diplomático hombre de letras. No hay incompatibilidad. Pero si hubiera que elegir entre las maneras y el ingenio, la elección no sería dudosa.

“También los españoles tuvimos diplomáticos que fueron hombres de letras eminentes. Un antiguo texto de sabiduría oriental, que por ventura nos ha sido conservado en el canon de los libros sagrados, expresa la decepción diaria del padre Sol al observar todas las mañanas que sus rayos no alumbran cosas nuevas. En el “devenir” universal nada es nuevo y todo es nuevo. Nuestro Saavedra Fajardo es un antepasado de los diplomáticos hombres de letras que nos envía la América española. La novedad que encuentro en éstos es que no cultivan la literatura como un recreo de los dorados ocios, sino como ejercicio profesional que imprime carácter y define la personalidad”.

Las observaciones de Gómez de Baquero eran exactas. Y los Estados americanos no tienen acaso idea de todo lo fecundo que es, para la alianza de España y América, este procedimiento diplo-

mático. ¡Cuánto ha trabajado Alfonso Reyes en España por su patria! Otros diplomáticos, también escritores, han dejado una huella grata y fecunda en tierra española, como la deja Reyes. Pero en el caso presente existe un matiz que, por lo interesante, debemos señalar. En España, como en todos los países europeos, existen en la literatura y en las artes diversas regiones; hay literatos y artistas sancionados, oficiales, y los hay libres y no clasificados. Todas estas categorías son dignas de respeto; todas integran la nacionalidad en que laboran. Y mientras otros diplomáticos americanos han tenido la simpatía de los elementos intelectuales brillantes, consagrados por el poder del Estado, oficiales, Alfonso Reyes ha recibido el homenaje de la literatura independiente, selecta, no sancionada por el Estado. No sancionada por el Estado, pero sí profunda y genuinamente nacional, arraigada en la Nación.

La obra literaria de Reyes

¿Cuál es la obra literaria del nuevo ministro de México en la Argentina? Alfonso Reyes ha escrito sobre el movimiento literario de España en la actualidad; generalmente esos trabajos los destinaba a informar a sus compatriotas sobre libros y autores modernos; después, esos trabajos han sido reunidos en volúmenes. En esos libros —en que se habla también de literatos extranjeros— encontrará el lector juicios sobre Valle-Inclán, Baroja, Ortega y Gasset, Cavia, Galdós, etc. La crítica de Reyes es siempre fina, exacta, penetrante; el estilo pudiéramos decir que se asemeja al de Taine: preciso, pulido, terso, brillante. En la prosa de Reyes, siempre acicalada, no advertiremos jamás ninguna negligencia, lo que los franceses llaman *nonchalance*. En todo momento este estilo concentrado, intensamente concentrado, nos deleita y nos seduce. Aparte de esta labor de crítico moderno, Reyes ha realizado pacientes y pulcros trabajos de erudición. En la *Revista de Filología Española*, que dirige el admirable maestro Menéndez Pidal, se han publicado tales investigaciones de Reyes. Han versado dichos estudios sobre Góngora, Quevedo, Gracián, etcétera. A Góngora, el gran poeta cordobés,

Reyes lo ha estudiado con verdadero amor. Los estudios sobre Góngora son magistrales, definitivos. Y dentro de esta sección podemos incluir también las ediciones hechas por Reyes de autores como Quevedo, Gracián y Ruiz Alarcón.

Merecen los trabajos de Reyes, sobre este último autor, que nos detengamos en ellos un instante. Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza es uno de los más grandes dramaturgos españoles de la época clásica. Nació en México, y puede hoy ser colocado entre los más preclaros clásicos de España. En el teatro clásico español, cada autor de los de primera fila tiene su nota especial; para un profano la comedia clásica española puede parecer que adolece de uniformidad y monotonía. Pero, en realidad, nada hay más diverso, más vario, más contradictorio y antagónico que los dramaturgos del siglo de oro. Lope no es Tirso; ni Calderón es Moreto; ni Solís es Ruiz de Alarcón; ni Cubillo es Rojas; ni Matos Frago es Salazar . . . Cada uno de estos autores es un mundo aparte. Alarcón representa la templanza, la humanidad, la tolerancia; es algo así como Terencio y Molière en una pieza. Alarcón, en su tiempo, fue menospreciado y desdeñado; hasta los tiempos modernos no se le ha hecho justicia al gran dramaturgo. Modernamente Alarcón ha sido muy estudiado. Le han estudiado, por ejemplo, don Luis Fernández Guerra (autor de un excelente libro de erudición); le han estudiado Gil Robles, el francés M. Ep. Vignier, el delicado crítico Pedro Henríquez Ureña. De todos estos trabajos, el de Gil Robles y el de Vignier son apenas conocidos ni citados. Don Enrique Gil Robles estudió a Ruiz Alarcón en un discurso de apertura de curso del Instituto de Segunda Enseñanza Libre de Ponce, en octubre de 1872 (impreso en Oviedo el mismo año).

Pueden leerse en el estudio de Gil Robles observaciones justas y finas sobre el carácter de Alarcón y su situación especial en la dramática española. Otro de los estudios que hemos citado, el de Vignier, tampoco es alegado por los alarconistas. Y sin embargo, es de gran importancia. El volumen se titula *Fragments et correspon-*

dance (París, Hachette, 1875); en él, entre otros trabajos ajenos a la literatura española, figuran dos estudios españoles de gran valor: uno relativo al Cid y Corneille, y otro titulado "Paralelo entre *La Verdad sospechosa*, de Alarcón, y *El mentiroso*, de Corneille". Menéndez Pelayo dice de la obra de Vignier: "La mayor parte de este volumen es de grande interés para la historia de la literatura española" (*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo VIII, 2a. edición corregida; Madrid, 1908; página 144, nota).

Después de los trabajos citados sobre Alarcón, Alfonso Reyes, en su edición de "La Lectura" (Madrid, 1918), ha logrado dar una nota nueva y profunda.

He leído recientemente casi todo Alarcón; desearía yo detenerme ahora en señalar, con ayuda de Reyes, las particularidades de este autor. Alfonso Reyes, en un trabajo de conjunto, no ha podido particularizar del modo que yo anhelaría hacerlo. Dos aspectos existen, esenciales, en Alarcón: su mexicanismo y lo que (acaso tomándolo de su mexicanismo) debemos pasar a la banda de su idiosincrasia personal.

El autor de estas líneas, leyendo detenidamente al gran dramaturgo, ha hecho algunas observaciones que acaso interesasen. Pero el tema es extenso. Y esta crónica está dedicada exclusivamente a Alfonso Reyes. Debo, para no olvidar nada en la obra de mi amigo, señalar en ella otro aspecto importantísimo: el de la creación personal. Reyes es un primoroso narrador y un exquisito poeta. Modelo de descripciones pintorescas, henchidas de color y de luz, es su *Visión de Anáhuac* (1519). Como Gertrudis Gómez de Avellaneda, en los comienzos de su novela *Guatimozín, último emperador de México*, (Madrid, 1846) y como Pi y Margall en su diálogo *Guatimozín y Hernán Cortés*, (Madrid, 1899), Reyes nos ofrece un cuadro magnífico de México al tiempo de la conquista. Como poeta, el diplomático mexicano ha publicado un libro, *Huellas*, en que ha recogido lo más saliente de sus poemas.

Termino esta crónica. En la Argentina, Alfonso Reyes encontrará seguramente el mismo ambiente de cálida cordialidad que en España. Y éste es el deseo sincero de un amigo.

AZORIN.

LA PRENSA, Buenos Aires.

18 de mayo de 1924.

ALFONSO REYES

"Y otra vez, golondrina de los recuerdos, vuelves como siempre".

I

El humanista ha regresado a la patria. En largos años de ausencia pulió su espíritu con el contacto de otras gentes, que en el Viejo Mundo elaboran el tesoro de la civilización. Su espíritu es el mismo, ágil, vigoroso, resuelto, sincero, inasible. Su característica fue siempre la inquietud mental, la curiosidad inextinguible, el desbordamiento interior ceñido a lo que dictan el criterio ponderado y el gusto excepcional. Pero el instinto, que es intuición, constituye el fondo dinámico de su naturaleza: "La libertad —dice— será de aquél para quien el raciocinio sea un peldaño ligeramente tocado, rosado apenas . . . La libertad, del que se hace señas con las cosas". Alfonso ha pasado su vida guiñándoles el ojo en una complicidad perfecta.

Porque hay dos maneras de entender el mundo: la manera interior y la exterior. Quienes entienden la vida exteriormente, son los espíritus amplios; quienes interiormente la comprenden, son los espíritus profundos. El peligro de la amplitud es la superficialidad; el escollo de la profundidad, el aislamiento. El ideal sería, claro está, ser amplio y profundo a la vez; pero estos espíritus geniales son muy escasos: espíritus marítimos, llenos de misterios como el océano y transparentes como él. Plotino fue un alma original y profunda, pero impenetrable. Ni Dios mismo permitió que se le acercara sino una o dos veces en el calor del éxtasis. Erasmo y Voltaire fueron amplios espíritus, reflejaron su siglo, modelaron su época, abarcaron su sociedad; por eso han muerto un poco para las otras épocas y los siglos que siguen pasando. Platón fue amplio y profundo a la vez, por eso todavía fulgura como una estrella fija, a la luz de cu-

vos rayos, que no calientan pero sí iluminan, podemos deletrear las bellezas del *Fedro* o del *Fedón*. Y la humanidad seguirá, indefinidamente, ante esa estrella fija del Ática, deletreando sus coloquios inmortales.

II

Nuestro amigo es un espíritu profundo, pero no deja de ser un amplio espíritu. Jamás vivirá recogido en su torre. Como el renaciente francés, deja que entren a su biblioteca los rumores del tumulto social; pero sabe salvar el alma, porque, al fin, no es del tumulto, sino del ideal. Aun en el solar castellano asistía al desfreno de nuestras pasiones políticas, sin desencarnarse de la patria, pero sin que hasta él llegara el vaho de la sangre vertida, que a tantos nos nubló la vista con su trágico horror. En Madrid vivía en México. Ahora, en México, vivirá un poco en Madrid.

III

Alfonso posee la curiosidad de las ideas, sobre todo de las ideas bellas y sutiles. Las capta, las acaricia, las exorna sin prostituir las, las compone en ramilletes de gusto exquisito, las echa a volar. Después las llama de nuevo a su corazón, les sacude el polvo de las alas y las deja bien avenidas entre sí, como si fueran una misma, a pesar de su constante variedad y su multicolora expresión. ¡Las ideas, estos alfileres lúcidos y enigmáticos como chispas eléctricas, con que todo lo medimos, el ser y el no ser y el llegar a ser; el Bien y el Mal, que se cambian uno en otro, como dice Renan, a la manera de los matices tornasolados del cuello de las palomas! Este es el gran bien, el solo bien del humanista. Mas no penséis por ello que Alfonso sea un mandarín, es decir, un desocupado de talento que juega con los pensamientos como los niños con el agua. No, ni escribe sobre arena, ni funda castillos en el aire. Este ideólogo es un estilista ejemplar, acaso el más ejemplar de los jóvenes estilistas de América; pero el estilista y el ideólogo, sabe que, de todas las entra-

ñas humanas, el cerebro es una víscera suprema y el corazón un músculo hueco lleno de amor. ¡Ay de aquel que ponga sobre el sentimiento la inteligencia! El pensamiento sólo es brújula, el corazón es el motor:

A mí, que donde piso siento la voz del suelo
¿qué me dices con tu silencio y tu oración?
¿qué buscas con los ojos fatigados de cielo,
más alto que la vida y sobre la pasión?

IV

Al pisar de nuevo esta tierra mexicana, tan reacia siempre al despotismo y tan demente de ilusiones sociales y políticas nunca saciadas; tan abonada con sangre y dolor, debió el viandante alucinado de sentir el grito doloroso que se escapa de los poros de las piedras y no logran oír las gentes en su fatídico y premioso afán. Estamos como antes. Somos como siempre. Un pueblo que se excita con su propio dolor y se envenena con sus anhelos delirantes. Pero, ¿no son así todos los pueblos de la tierra? Los de Europa, ¿no son así? España, que expulsa a Unamuno y confía sus destinos a un marqués, ¿no es así?

V

Pronto saldrá de nuevo de la patria el viandante, pero no para volver a templar su alma en la augusta severidad de los paisajes de Castilla, que tantos ingenios labra para honra perdurable de la cultura latina; sino para enderezar sus pasos hacia la metrópoli de la civilización española en América, hacia la ciudad que Darío llamó Cosmópolis.

VI

Nosotros quedaremos en casa, viendo alejarse a los amigos o regresar, como el indio a la puerta de su choza ("cuyo techo pajizo

desfleca el huracán", que dice Chocano), ve ponerse el sol en el Poniente rojo y dorado. No tenemos ya el derecho de sentir ilusiones. Difícil es vencer la amargura que deposita día a día en el alma, el desarrollo aún no terminado, y que parece interminable, de una revolución. Nacimos en tiempos bonancibles, "y otra vez, golondrina de los recuerdos, vuelves, como siempre . . . Lo que aconteció en México el año del Centenario, fue como un disparo en el engañoso silencio de un paisaje polar; todo el circo de glaciales montañas se desplomó, y todas fueron cayendo una tras otra. Cada quien, asido a su tabla, se ha salvado como ha podido" . . .

La vida que tuvimos algunos por delante, ya empieza a dejarnos atrás. Otras generaciones literarias nos alcanzan. Renuévase el ambiente intelectual. Nuevos poetas cantan otra canción.

Los jóvenes de ayer son hombres ya. Aún la amistad, que creímos perdurable, se ha deshecho. ¡Siga de frente el humanista a quien la vida se ofrece en toda su integridad y plenitud!

Antonio CASO.

Revista de Revistas, México,

15 de junio, 1924.